

CAPITULO XVII.

VIDA DEL MUY RELIGIOSO Y HUMILDE P. PEDRO TOMÉ,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Fué tan eficaz la vocación y llamamiento divino por medio del cual Dios Nuestro Señor trajo á la religión á este su siervo, y correspondió él con tanto fervor á ese divino llamamiento, que se pudo decir del P. Pedro Tomé, que desde el día que puso el pie en el Claustro de la Religión, fué perfecto religioso. El, siendo seglar, militaba y era soldado en la isla de la Tercera, con tiempo y ocasión que acertó á aportar á ella el muy fervoroso predicador P. Antonio de Torres, de nuestra Compañía, que ejercitando nuestros ministerios, predicaba á los soldados de aquel presidio, cogiendo en ellos con sus sermones abundantes frutos. Moviése entre otros nuestro soldado Pedro Tomé, á dar de mano á aquel ejercicio pareciéndole aseguraba poco su salvación por aquel camino. Embarcóse y vino á Salamanca donde estudió por algunos años Gramática, Filosofía y Teología con notable ejemplo de virtud, de suerte que en aquella tan insigne Universidad era señalado por hombre de singular ejemplo. Y el fin que llevaba en aquellos estudios, era para emplearse después en ayudar al bien de las almas de los soldados, que como experimentado en la guerra conocía sus llagas, y como buen acuchillado, sabía las medicinas que les debía aplicar; y esto no solamente predicándoles y confesándoles cuando se hubiese ordenado, pero aun curándolos corporalmente y sirviéndoles cuando estuviesen enfermos. Porque aun siendo soldado, era muy humilde y muy menospreciador del mundo. Tan temprano como esto prevenía Dios con su divina gracia á este su siervo. Estando él con estos pensamientos, Nuestro Señor, que le quería para otros más gloriosos empleos, le tocó el corazón y le movió á entrar en la Compañía, pareciéndole que en ella hallaría la comodidad que él podía desear para salir mejor con los intentos que Dios le había inspirado. Tratólo con el P. José de Acosta que entonces era Rector de nuestro Colegio de Salamanca, y el Padre que ya le conocía y tenía grande estima de su virtud, aprobando su intento, le pareció que entre muchos otros que pretendían ser admitidos para pasar á Indias, fuese uno Pedro Tomé, y prefiriéndolo á los demás lo entregó al P. Pedro Díaz que había ido por Procurador general de nuestra Provincia de Nueva España á Roma, el cual le trajo consigo con otros compañeros que pasaban á la misma Provincia con intento de ser recibidos en ella. En llegando, entró y comenzó su noviciado el hermano Pedro con tanto fervor, que era raro el ejemplo de virtud con que procedía, y más parecía religioso ya muy hecho y antiguo, que novicio que comenzaba. Ejercitábase en los oficios bajos de humildad con gran gusto suyo y en obras de caridad, y en una rara y continua mortificación. Pero en dos cosas en particular resplandecía: una era la observancia grande del silencio, gustando poco de hablar con los hombres por parecerle (como es verdad) que todo aquello quitaba del trato interior con Nuestro Señor, que era lo que mucho le llamaba, y de aquí nacía la segunda, que era

el darse al ejercicio de la oración gastando muchos ratos y aun horas entre día y noche en ella, en la cual era muy favorecido y regalado de Nuestro Señor como lo mostraban las continuas lágrimas que derramaba con tanto fervor y emoción, que aunque él procuraba reprimirlas por no ser sentido, con todo, no todas veces le era posible; y así mezclaba con ellas tiernos y afectuosos suspiros, que le acaecía de noche despertar con ellos al compañero sin poderse reprimir. De este trato de Nuestro Señor y conocimiento que con él tenía de su Majestad, nacía su propio conocimiento con tanta luz, que aun los átomos de sus pensamientos y afectos descubría en sí, y todo lo que él hallaba de faltas ó descuido, lo sacaba y decía en las quietes ó refectorio con mucho sentimiento y lágrimas.

Antes de acabar su noviciado y habiendo aprovechado en él tanto, le enviaron los Superiores al Colegio de Pátzcuaro, donde con mucha humildad sirvió en el oficio de refitolero, habiendo hecho lo propio en la Casa Profesa de México. Y cumplido el tiempo de noviciado que mandan nuestras Constituciones, se ordenó de sacerdote, y habiendo proseguido algún tiempo en el dicho Colegio los ministerios con los Indios, fué señalado para el de la nueva cristiandad de la Sierra de Topia é ir á aquellas misiones adonde por algunos años sirvió mucho á Nuestro Señor en ayuda de aquellas almas, recién convertidas á la Fe. Donde fueron tales los ejemplos que dió de todas las virtudes religiosas, así á los Padres misioneros sus compañeros, como á los Españoles y soldados del presidio de aquella sierra, que lo miraban como á un hombre santo. Y de lo mucho que aquí trabajó, en tierra de asperísimos caminos y en tiempos trabajosos vino á perder la salud, y aunque estaba muy flaco y debilitado, nunca se le oía quejar, ni tratar de cosas que tocasen á su comodidad y regalo, porque su gusto era padecer trabajos por Cristo. Entre otros achaques le vino uno muy trabajoso y penoso, que fué el desabrochársele un hueso de los últimos del espinazo, lo cual le causaba gravísimos dolores y no podía bajarse sin tener en que afirmarse; ni aun inclinarse podía á besar el Ara cuando decía Misa, para decir *Dominus vobiscum*, si primero no se asía muy bien al altar; con esto fué necesario traerlo á México para que se curase, donde aunque se le hicieron algunos remedios, no le fueron de provecho. En este tiempo era tan valiente este siervo de Dios en sufrir dolores en silencio, que no se trataba como enfermo, antes trabajaba en nuestra Casa Profesa como si estuviera muy sano, acudiendo á cárceles, hospitales y á los demás enfermos que se ofrecían, y el tiempo que le sobraba estaba en el confesonario oyendo de penitencia á cuantos á él venían, ó en la Iglesia, ó en su aposento, ó en oración, que era el trato de que más gustaba su alma. Fuese poco á poco consumiendo sin poderse ya tener, ni levantar de una cama, con tanta debilitación y flaqueza, que aun la voz no podía echar de la boca, y todas sus palabras eran decir: «Dios lo quiere así, sea bendita su Majestad,» mostrándose sobre manera conforme con la voluntad divina. Apretóle de suerte la enfermedad, que hubo de recibir todos los Sacramentos con grande devoción y paz de su alma, y así se quedó sin muestra de sentimiento; muriendo al mundo y viviendo de veras á Dios para gozar de lo que acá tanto deseaba, que era la continua comunicación con la voluntad y Majestad divina. Fué hombre verdaderamente humilde, tratándose con grande desprecio y gus-

tando tratar con la gente más baja y más humilde; á ésta buscaba y con ésta trataba, y á estos confesaba con gran gusto. En su vestido y aposento fué pobre por extremo, hombre sin repugnancia en nada y verdadero obediente. Dejó muy edificada y consolada este varón á esta santa Provincia con su buena y santa vida, y muchos envidiosos de su santa muerte que fué año de 1608, Miércoles Santo en la noche, y así se hubo de enterrar el día siguiente. Y no faltó quien advirtiese que el haber muerto ese día el P. Pedro Tomé, debió de ser á petición suya, queriéndose mostrar humilde aun después de muerto, en morir en día que no se pudiese doblar campana por él, ni hacerse los oficios de difunto como se acostumbran, sino todo rezado y á la sorda, después de haberse encerrado el Santísimo Sacramento y cumplidos los oficios del Jueves Santo.

CAPITULO XVIII.

VIDA Y VIRTUDES

DEL MUY FERVOROSO OPERARIO EN AYUDA DE LOS PRÓJIMOS,
P. GABRIEL DE LOGROÑO, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

§ I

*De su entrada en la Compañía
y ministerios en que después de su noviciado se ocupó.*

Singular beneficio de la Divina Bondad para el fervorósimo espíritu del P. Gabriel Logroño, fué el llamarle Dios con muy particular Providencia á la sagrada Religión de la Compañía de Jesús. Y también fué para ella particular gracia, el traerle y darle un sujeto que la había de edificar tanto con los admirables ejemplos de sus religiosísimas virtudes y con el ejercicio de los ministerios que en ella se profesan, y por muy largos años este siervo de Dios ejerció con incansable fervor. Porque aunque entró ya de alguna edad en la Religión, y en ella no hizo la profesión de cuatro votos que hacen los que tienen ese grado en la Compañía, sino se quedó en el de coadjutor espiritual de ella; pero en ese grado y estado resplandeció tanto en grados de heroicas y aventajadas virtudes, y en especial en la reina de ellas, el amor de Dios y de los prójimos (en que consiste la verdadera santidad), que para llegar á ella, con la gracia divina, no le hizo falta el grado de profeso de cuatro votos, como lo iremos viendo por el discurso de su vida.

Fué, pues, el P. Gabriel Logroño natural de Málaga é hijo de padres muy honrados y nobles, aunque él por su humildad no hacía caso de esta nobleza ni trataba de ella, y si se ofrecía ocasión forzosa era con mucha moderación, diciendo que la mayor nobleza que tenía era ser de la Compañía de Jesús y esa le bastaba, y aunque daba gracias á Nuestro Señor por haberle dado los padres que le había dado,

pero que de la misma manera se las diera y estaría contento si lo hubiera hecho hijo de padres pobres y humildes. Vino á la Nueva España en estado de seglar el año de 1567, encaminando Dios así las cosas y divirtiéndole de otros propósitos que había tomado, y disponiéndolo así la Divina Bondad para que después entrase en la Compañía. En el estado de seglar procedió siempre virtuosamente con buen nombre y estima de los que le trataban; acudía á confesar y comulgar á menudo, y fuera de esto se ejercitaba en obras de oración, lección de buenos libros, ayunos, disciplinas y cilicios, durmiendo en tablas, y aunque los que entraban en su aposento veían la cama bien compuesta, de noche tomaba una tabla y dormía en ella con una piedra por cabecera, y de este género hacía otras penitencias. Ocupado, pues, en estos ejercicios, se fué recogiendo y quitando de otras ocupaciones y oficios de justicia propios de la gente noble y de su calidad, deseando tomar estado de más dura y en que más sirviese á Nuestro Señor. Estorbábale el ejecutar esta determinación con eficacia, la vuelta de un deudo suyo que esperaba de España, cuyos negocios tenía él á su cargo, pareciéndole estar obligado á ley de hombre de bien, á no desamparar las cosas que tenía encomendadas, y así con muchas penitencias y oraciones pedía á Dios volviese con bien á su pariente, y para esto se levantaba de noche á oración, y en otras veces y ratos que gastaba delante de una imagen de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre pidiéndole esto, se le representó una vez vivamente que aquel caballero que esperaba y por quien rogaba, venía ya de España y tomaba puerto en Pánuco de la Nueva España, quedando en esto tan certificado, que á la mañana se vistió de fiesta en señal de lo que esperaba; cosa que los amigos notaron, y luego otro día le llegó aviso de su llegada al dicho puerto, con que se verificó lo que tan de cierto esperaba. Otra vez, estando en la misma oración y en los mismos deseos, se le representó muy al vivo que se hallaba en una Religión diferente de las que entonces había en México (porque en este tiempo aún no había venido la Compañía á la Nueva España), y que se veía en una casita pobre de la tal Religión, cual él nunca había visto, y como después notó, era como la que al principio tuvo en esta ciudad nuestro Colegio de México. Con esto quedó confuso y dudoso de lo que Dios quería hacer de él, pidiéndole le declarase su voluntad; porque aunque le convidaban de otras Religiones con el hábito, y para quedarse en el siglo en hábito clerical se le ofrecían buenas comodidades y ciertas esperanzas de algunos buenos puestos y prebendas, pero en nada hallaba quietud ni reposo, y así continuaba sus devociones y oraciones para acertar en su elección.

Había ya en este ínterin llegado la Compañía á México, y viendo á los Padres de ella, comenzó á sentir algunos deseos de seguirlos y entrar en su Religión, y para acertar mejor se salió de México al pueblo de Santa Fe, dos leguas de esta ciudad (donde vivió y murió el insigne varón Gregorio López), y allí con mucha devoción y gusto de su espíritu gastó todo el Adviento en lecciones espirituales, oración, ayunos y penitencias, pidiéndole á Dios le enderezase en lo que le convenía hacer. Alcanzó de su Majestad lo que deseaba, y se vino á resolver de entrar en la Compañía. Tratándolo con algunos Padres de ella y para alcanzar más presto lo que deseaba, se ordenó en breve de sacerdote, y el Obispo que le ordenaba procuró detenerle para aco-

modarle en su Iglesia en alguna prebenda de ella, representándole otras esperanzas que tenía de España por cartas que de los Duques de Osuna había recibido. Pero el siervo de Dios, que ya estaba tocado de su divino llamamiento, rompió con todo y fué recibido en la Compañía el año de 1574, por el mes de Mayo.

En el noviciado procedió con mucho ejemplo, aunque en el discurso de él le molestó una grave tentación contra su vocación, que le afligió mucho y por muchos días, usando para vencerla de varios medios, y apuntando y escribiendo los buenos sentimientos que Dios le daba cuando estaba con más quietud; aprovechándose de ellos cuando la tentación le afligía, y procurando no dar lugar al demonio para que le venciese en cosa que tanto le había costado. Sucedió que dando cuenta de su alma, entre otras veces, al Maestro de novicios de la tentación que le molestaba, y respondiéndole el Maestro: *Cómo, y os queréis apartar de la Compañía de Jesús?* Con esas palabras se sintió mudado y con nuevo brío para perseverar y pasar adelante en su vocación. Y para esto tenía un papelito escrito en su aposento con estas palabras: *Acuérdate que eres de la Compañía de Jesús*, de que se aprovechaba en todas ocasiones sin que le volviese á molestar la tentación; antes creció en él tanto la estima de su vocación, que solía decir que el haber venido de España en compañía de cierta persona, había sido el mayor beneficio y merced que entre los bienes de esta vida había recibido de Dios. Y la razón era porque esa persona había sido medio para alcanzar tan grande bien como entrar en la Compañía.

Hechos los votos después de su noviciado, comenzó á ocuparse en los ministerios de la Compañía y trato de prójimos; y aunque algunos años se ocupó en el gobierno de algunos Colegios de estudiantes que estaban á cargo de la Compañía, y esto con grande aprovechamiento de sus colegiales, pero su principal empleo fué siempre el confesonario, con tanta asistencia en él, que toda la mañana era su lugar sin hacer ausencia de él, esperando á todos cuantos querían confesarse; y se llegó á decir de él en su anciana edad, que en 30 años sustentó el confesonario, de suerte que vivió en él lo más de su vida, y si salía de él, era para irse á la Iglesia á tener oración, esperando allí á quien le llamase, y por este medio era mucha la gente de todos estados que confesaba y ayudaba con este santo ministerio, sin excusarse de admitir persona que viniese á él. Y los días de Jubileo y mayor concurso de gente, se prevenía muy de mañana á tener dicha Misa para quedar desocupado y sólo atender, y que lo hallasen á mano los que quisiesen confesar; ni era menor el cuidado que tenía en acudir fuera de casa á las confesiones de enfermos que le pedían: y todo el tiempo que le duraron las fuerzas, para poder salir fuera de casa, que fué hasta un año antes de su muerte, que por razón de algunos achaques que padecía, no estaba para salir. En todo este tiempo era como el obligado á salir á todas las confesiones, y á todas horas y tiempos, sin que le estorbasen lluvias, lodos, inclemencias del sol y frío, porque á todas horas y ocasiones era para él de grandísimo gusto el emplearse en la ayuda de los prójimos, y esto sin excusarse jamás ni proponer dificultad que se ofreciese. Y solía decir el fervoroso operario de Cristo que gustaba de acudir á estas cosas en recompensa de los pasos que en el siglo había dado para vanidades y cosas que no eran del servicio de

Nuestro Señor. De noche á cualquiera hora de ella que llamasen para alguna confesión, se tenía ya por obligado ir á ella, y así en tocando la campanilla de la portería y antes que le avisasen, se levantaba de la cama, y tomaba su manteo y sombrero, y un báculo que para estas ocasiones tenía; se ponía en medio de su aposento á esperar al portero que le viniese á avisar y le salía al encuentro; otras veces iba á despertar al portero, cuando oía la campanilla para que le pidiese compañero con quien ir á la confesión, y así con el gran cuidado del Padre descuidaban los demás. Y fué cosa maravillosa y de grande edificación en él, que con haber salido de casa muchas veces por respetos particulares y ocasión de los ministerios, y pudiendo tomar y pedir licencia para otras salidas y visitas de cumplimiento que se le podían ofrecer, tenía escrito en un papel de sus advertencias particulares que había de guardar, que procurase siempre nunca salir de casa sin algún fin particular de que se sirviese Nuestro Señor, y para sacar algún fruto de los prójimos; y así sus salidas fuera de casa, sólo eran á confesiones ó cárceles, ó á hospitales ó á tratar del remedio de muchas doncellas pobres y necesitadas, procurando por varios modos remediarlas y ponerlas en estado de salvación. Fué muy grande el número de las que por su medio se entraron en religión ó se casaron, procurándoles el dote, en todo ó en parte, según era la necesidad, y demás de las que así remedió, eran otras muchas las personas pobres que por su medio recibían limosnas, de las cuales tenía largos catálogos y memorias para acudirles con socorros que le daban otras personas poderosas que conocían su ancianidad y santidad con que se empleaba en estos ministerios. Y tenía tanta autoridad y mano con todos para el remedio de viudas y huérfanos, y otra gente necesitada en orden á mudar y mejorar estado, ó que el demonio no las cogiera por hambre, que sólo el bendito Padre, en su edad casi decrepita, con su manteo al hombro, remedió en silencio más necesidades que cofradías enteras muy fundadas, dándole fuerzas el celo de la caridad y posibles la liberalidad de personas pías y devotas, con que fué mucha la cantidad de hacienda que por su mano en estas obras se repartió, sin que por eso hubiese sido molesto á ninguna persona en pedirle para tales obras. Y tratando de esto el Padre en su papel de advertencias, dice que de todo cuanto había entrado en su poder (que era mucho), no había aplicado ni gastado para sí valor de un real, ni en vestido ni regalo, ni en otra cosa, ni aun un pliego de papel.

§ II

De los ejercicios de devoción del P. Gabriel Logroño, y favores que en ellos recibió de Dios Nuestro Señor.

Aqueste cuidado tan grande con que acudía á los ministerios de ayuda de los prójimos, no fué parte para que menoscabase algo de sus ejercicios espirituales y guarda de las reglas, en que fué observantísimo. Y así dice que por maravilla, por semejantes ocupaciones faltó á sus exámenes, lección espiritual, oración y otros ejercicios; ni el salir tantas veces de noche era parte para que volviendo á casa, no se

levantase á la mañana con la comunidad, y esto por lo menos cuando tocaban á despertar. Porque lo ordinario era levantarse una hora antes que todos á tener oración, y fué tan puntual en esta parte, que en todo el tiempo que vivió en la Compañía, si no fué por enfermedad y dos ó tres veces que el Superior se lo mandó expresamente, jamás se quedó en la cama cuando los demás se levantaban, y aun en la enfermedad de que murió, habiendo ya dos días que estaba con calentura se levantaba y fué menester mandarle que se acostase, habiéndose ya levantado con la comunidad, á cuyos ejercicios siempre tuvo grande atención. Y no faltó Nuestro Señor en premiarle, regalarle y recompensarle el grande cuidado, brío y tesón que en esta parte tuvo, después de tantos años de edad y achaques que padecía. Acontecióle una mañana á la hora que se levantaba á tener oración, aun antes de la comunidad como solía, hallarse muy soñolento y perezoso para levantarse, y viéndose como vencido de la pereza ó necesidad, no quiso quedar rendido, sino haciéndose fuerza, con presteza se levantó, y tomando la disciplina en la mano, se comenzó á disciplinar, y para vencer el sueño con ella en la mano se puso en oración, interponiendo á ratos aquel ejercicio de penitencia, que le obligase á velar, y agradó tanto á Nuestro Señor, que vivamente se le representó la humanidad de Cristo Nuestro Señor, sin que pudiese dudar por los efectos que en sí sentía de su presencia; púsosele al lado en pie como el Padre estaba y muy igual con él; el sentimiento, lágrimas y devoción, júbilos espirituales que en el Padre se siguieron fueron extraordinarios, y viéndose tan regalado del Señor, se arrodilló y aun acometió muchas veces á abrazarle y besarle los pies, representándole sus necesidades y pidiendo para ellas favor, y á todo se le mostraba muy favorable y benigno Cristo Nuestro Señor, y añadió el Padre en un apuntamiento que dejó escrito de esta merced con tanta afabilidad y piedad, «no sabré decir lo que pasó buen rato en este Colegio con gran consuelo que de ello tengo algunas veces en oración acordándome de este buen día,» sin ninguna duda de que fuese Nuestro Señor.

El cuidado y aprecio que tuvo del ejercicio de la oración fué grandísimo, y para tenerla con más quietud y sosiego se levantaba, como dijimos, una y dos horas antes que la comunidad, todo el cual tiempo gastaba en ese ejercicio con mucha devoción, lágrimas y sentimientos espirituales que le comunicaba Nuestro Señor; y tenían observado los de casa la asistencia grande y recogimiento que tenía en su aposento cuando no era fuerza estar en el confesonario ó fuera de casa en alguna confesión, lo cual atribuían á que el tiempo en que estaba recogido en el aposento, de ordinario lo gastaba en oración, como le hallaban los que iban á verle ó comunicarle. En su papel de advertencias particulares dejó escrito que nunca dijo Misa sin haber tenido antes, por lo menos, una hora de oración, ni sin haber rezado los Maitines de parte de noche, si no fué dos ó tres veces con grande ocupación y necesidad. La Misa nunca la dejó de decir después que se ordenó, si no fué por enfermedad, y una sola vez por no haber hallado recado para decirla en un camino. Y como el P. Logroño era tan cuidadoso en sus ejercicios espirituales, también andaba Nuestro Señor muy liberal en comunicársele; si bien él con la humildad que siempre tuvo lo encubría mucho, pero entre otros favores particulares que recibió y de que se pudo tener noticia, apuntaremos aquí algunos. Halló un Padre,

que algunas veces acudía á su aposento, un papel escrito de su letra en que decía que había deseado mucho saber la gloria y hermosura de la humanidad de Cristo que había tenido en su nacimiento, y que muchas veces le había pedido á Nuestro Señor le comunicase algún conocimiento de aquesto. Alcanzó de su Majestad más de lo que deseaba, y así una noche de Navidad, diciendo Misa, claramente se le representó lo que deseaba, viendo al Niño recién nacido en la forma y manera que había nacido, y esto con tan gran sentimiento y lágrimas de devoción y consuelo, que le duraron por muchos días, y apenas pudo decir las Misas que le faltaban aquel día. El Padre que había hallado este papel quiso guardarlo, pero no pudo porque estándole leyendo, entró el P. Logroño y le halló con él en la mano y se lo quitó y rompió, porque no se supiese este caso y favor singular que había recibido de Nuestro Señor. Otra tarde, cerca ya de la noche, estando juntos algunos Padres á una ventana que caía cerca de su aposento, salió el P. Logroño de él con los ojos encendidos y los lagrimales húmedos, y como quien iba fuera de sí (que así les pareció á los Padres que lo vieron), y llegándose á ellos sin reparar en lo que hacían, les preguntó: «Padres, Nuestro Santo Padre Ignacio, ¿no tenía estas y estas señales y fisonomía de rostro?» y respondiéndole los Padres que sí, según refería su historia; aquí volvió sobre sí el P. Logroño, y reparando en lo que había preguntado, mudó de plática y se volvió á su aposento, quedando los Padres persuadidos que se le había aparecido Nuestro Santo Padre, según el modo con que había salido de repente á hacerles la pregunta. Saliendo otra mañana de oración, que iba á confesar, le vieron con muestras de tantas lágrimas y sentimiento, que le preguntó su confesor qué era lo que había, y la respuesta fué que se le había representado muy viva la gloria del cielo y unos palacios muy hermosos, con gran satisfacción de lo que era el cielo y su gloria. Un día de la gloriosa Santa Ana, habiendo andado algunos días antes muy afligido con cierto negocio de peso que se había ofrecido, sin hallar remedio para él, después de haber considerado mucho, á la hora de la oración arrodillóse delante de esta santa con gran devoción y confianza de por su medio salir de aquella inquietud que aquel negocio le causaba, y le pidió su ayuda, ofreciéndole decir la Misa de aquel día por esta intención. Salió de la oración con gran confianza de alcanzar lo que pedía, y poco después llegó una persona que remedió y encaminó bien el negocio como el Padre lo podía desear, y luego en acción de gracias dijo la Misa á la santa, como se lo había prometido en su oración; y á este modo se supo que tuvo otras ilustraciones semejantes, aun entre sueños, que argüían bien el cuidado con que entre día andaba en la presencia de Dios Nuestro Señor, ejercicio que procuraba conservar. En todas sus acciones andaba muy interior; en las quietes y pláticas ordinarias se le notaba muchas veces quedarse como suspenso, con los ojos arrasados en lágrimas, que aunque lo procuraba, no podía disimular; particularmente una vez, de un rato de lección espiritual que había tenido en las Confesiones de San Agustín, quedó tan movido y alentado para caminar á la perfección, y con tanto sentimiento y lágrimas, que siendo forzoso acudir á la plática que se hacía á la comunidad, como se usa en la Compañía, para la cual ya se había hecho señal, toda ella se le pasó en lágrimas sin poderse reprimir, de suerte que apenas pudo disimular

la fuerza del sentimiento y devoción interior. Era muy continuo en la lección espiritual, sacando y apuntando sentencias de santos, de los que leía para su aprovechamiento espiritual y ejercicio. Aun mucho antes que entrara en la Compañía lo usaba, apartándose de la lectura de cualesquier libros profanos; señales fueron del provecho que de la oración y lección tan regalada sacaba, el continuo ejercicio que en todas las virtudes tenía. Su obediencia fué perfectísima y muy pronta á todo lo que se le mandaba, sin que en esto hubiese réplica ni proposición, si no era cuando por razón de sus achaques los superiores le ordenasen alguna cosa de comodidad y regalo, que á esto solo proponía y no á lo que era de dificultad y trabajo. Y así nunca pidió ni propuso de mudarse de algún puesto ó Colegio donde estuviese, ni aun del aposento que le daban. A la campanilla y á las obediencias á que le llamaban era puntualísimo, sin que en cosas de comunidad se echase menos su presencia, si bien por los achaques que tenía se podía excusar, y los superiores se lo decían y aun mandaban.

El amor á la santa pobreza y estima que tuvo de ella también fué grande. En su aposento sólo tenía lo muy necesario, y eso con estrechura, pues en él no había más que la cama y mesa, y unos pocos libros espirituales, sin que quisiese admitir cosa de regalo, con haberlo tanto menester para sus achaques. El vestido era pobre y muchas veces roto y muy gastado, sin que por eso cuidase de mejorarle, y cuando se lo daban nuevo lo recibía con repugnancia.

El recato con que procedió en materia de honestidad, fué muy notable, sin que en las visitas muchas que era fuerza hacer cada día, acudiendo á los ministerios y en el trato con tanta diversidad de gentes, se le oyese palabra menos grave, aunque se le ofrecieron algunas ocasiones muy fuertes que el demonio tramó para derribarle por medio de algunas mujeres menos honestas. Pero siempre quedó el demonio vencido y ellas corridas, y en sintiendo que alguna mujer de las que le trataban, le hablaba menos gravemente de lo que convenía, la reprendía y huía de ella como de la muerte. Con todo, le quiso Nuestro Señor probar en esta materia, con algunas molestias que le duraron por algunos días, con que se halló desconsolado, por el temor que tenía de no venir en algún descuido ó complacencia. Usó, para vencerla, de muchas disciplinas y otras penitencias que podía, según sus fuerzas, y aunque su confesor le animaba y decía no tener culpa en lo que padecía involuntariamente, con todo, se afligía por el deseo y amor que tenía en su alma á toda limpieza y castidad, y así prosiguió con más fervor en sus penitencias. Desnudo se arrastraba por el suelo del aposento, poníase crucificado con invenciones de ciertos clavos y cordales pendientes en la pared, púsose muchos días una argolla de cilicio, y últimamente una noche á las nueve de ella, saliendo de su aposento descalzo, y así desnudo, se fué á un lugar donde estaba una tinaja de agua fría, y allí desde esta hora hasta las dos de la mañana, estuvo echándose agua desde el cuello por todo el cuerpo, para con frialdad apagar el fuego de la tentación que le molestaba. Y así sucedió, dándole Nuestro Señor una muy gran victoria en premio de tan gran batalla en que tan bien había peleado, coligiéndose de la aflicción que en esa ocasión tan sin culpa suya padecía, la puridad de su alma y recato con que vivía. Y para conservarla más se confesaba cada día, y otros dos y tres veces al día, de que fué efecto la misericordia que agrade-

ciéndola á Nuestro Señor dejó escrito: que después que entró en la Compañía, en todo este tiempo no cayó en pecado grave, ni en hecho ni en dicho, ni aun en pensamiento que le reprendiese la conciencia.

§ III

Mortificaciones y penitencias del P. Logroño y su santa muerte.

Quien conocía al P. Logroño y sabe cuán medido era en sus palabras y cuán observante del silencio, sin que en esto se le notase falta, se admirará de lo que ahora diremos, porque aunque en las quietes y recreaciones comunes era muy medido, gustando más de oír que de hablar, y muchas veces aunque disimulaba enjugando las lágrimas que de devoción le venían á los ojos, con todo, le pareció tenía necesidad de mortificarse en el callar y excusar palabras ociosas, no de las que el mundo llama con ese nombre, que esas nunca se oyeron de la boca del P. Logroño, sino de aquellas que no siendo dichas con algún fin honesto, las tienen los siervos de Dios por ociosas; para esto hacía con cuidado examen particular del silencio, y pasando algún tiempo, y cotejando días con días y semanas con semanas, se reprendía de que no aprovechaba tanto cuanto deseaba, y afligiéndose por eso cuando llegaba á hacer examen, tenía una mordaza de caña, y si había faltado se la ponía en la lengua, con que sentía algún dolor; y con este medio en poco tiempo sintió mucho provecho, y para que fuese de más dura, á la puerta de su aposento por la parte de adentro pegó una mordaza hecha de papel que duró algún tiempo, para que viéndola cuando salía del aposento le sirviese de aviso y recuerdo, para no desmandarse en lo que había propuesto y tornaba á su penitencia, á ponerse la de caña si en algo hallaba haber faltado cuando volvía á la celda. Ejercicio con que aprovechó tanto, que como dejó escrito en el papel de sus advertencias, cuando se confesaba y para dar materia á la confesión se acusaba de palabras ociosas, se acordaba y ponía el pensamiento en las que había dicho en los tiempos pasados.

No fué menos extremado en las penitencias, ayunos muy continuos y rigurosos, aun desde antes que entrase en la Compañía, como arriba se dijo; porque en toda su vida quebrantó ayuno de obligación, adelantándose á ayunar antes que tuviese edad que le obligase. Y después de muy viejo, con todos sus achaques y edad, no se tuvo por excusado, no sólo ayunando los días de obligación, sino por su devoción otros muchos. Las disciplinas eran muy continuas y largas, de suerte que era menester irle á la mano los superiores, y para sacar de ellos licencia para hacerlas, les decía que estaba recio y mozo. Y cuando ellos le representaban su edad y vejez, replicaba que aun por eso le habían de dar licencia, porque le faltaba poco tiempo para hacer penitencia. En el refectorio usaba muy á menudo las mortificaciones que en la Compañía se acostumbran, y sólo el verle hacerlas movía á devoción, lágrimas y confusión á los que las veían, y que no se excusaba de estas cosas de edificación pública, pudiéndole servir de muy grande penitencia los achaques que padecía y los dolores que sufría en las ligaduras que por remedio de esos achaques traía, las cuales se le en-

traban por las carnes, de suerte que algunas veces se le oía decir que no podía declarar lo que en esto padecía. A todas estas penitencias añadía el no beber vino, sino muy raras veces y por gran necesidad, y con fuerza que se le hiciese por sus achaques. Traía descubierta la cabeza al sol, y frío y sereno, sin que jamás usase de cofia ó paño de cabeza; y sobre todo no consentía se le hiciese regalo ni cuidasen de su comodidad, ni de sus penitencias quería admitir cosas de esas, previniéndoles que no las enviasen; y cuando en casa, por sus achaques, en el refectorio le daban alguna cosa particular, mostrando sentimiento decía que no lo había menester, que le bastaba lo que se daba á la comunidad. Y fué singular el favor que en esta materia Nuestro Señor le hizo. Padecía mucho en la dentadura por tenerla muy gastada, por cuya causa no podía masticar la comida en el tiempo que duraba en el refectorio la de la comunidad, y sentía mucho que lo esperasen los demás. Y no habiendo sentido provecho con algunos remedios que le dieron, afligido recurrió á Nuestra Señora con confianza de alcanzarlo de su mano. Con ella fué un día á decir Misa, y habiendo recibido en la boca la hostia consagrada, le pidió brevemente el remedio de su necesidad, aunque resignándose en su divina voluntad, aunque fuese menester padecer por ella cualquier trabajo. Acudió Nuestro Señor á su humilde petición, y mostró que la había oído: porque desde cuatro años antes que muriese sintió alivio, y sin saber cómo ni de qué manera, le pareció que le había crecido algo la dentadura: aunque por su humildad, y pareciéndole que él no merecía que Dios con él usase de extraordinario favor, lo atribuía á que, ó se hubiese hecho acaso, ó que fuese algún efecto natural. Pero lo cierto fué, haber sido singular favor que hizo Dios Nuestro Señor á este su siervo que en otras muchas cosas buscaba su continua mortificación. Algunas veces le era necesario, para una medicina que usaba, tomar un poco de caldo donde echaba ciertos polvos, y él mismo, sin consentir que se lo trajesen, iba á la cocina por él. Nunca consintió ni admitió compañero de aposento ni que le trajesen á él de cenar, hasta pocos meses antes que muriese, que entonces por expresa obediencia se le mandó que de noche no saliese de él, por el mucho daño que recibía en salir al aire ó sereno. Y de su mucha humildad nacía que cualquiera caridad que con él se usase la agradecía una y muchas veces, confundiéndose cuando esa se le hacía: sucedió que un Hermano por su devoción, y con licencia de los superiores, le acudía algunas veces á hacerle la cama á horas que él no lo pudiese estorbar ni supiese quién le acudía. Y una vez que debió de estar acechando, acertó á entrar cuando el Hermano la componía, y aquí hincándose de rodillas el humildísimo Padre, le comenzó á decir que dónde merecía él que un Hermano de la Compañía le hiciese la cama y le acudiese en aquel oficio. Por el contrario, nunca se le oyó queja de persona alguna ni que mostrase sentimiento de alguna cosa de menos estima que con él se usase, mostrando siempre mucha sumisión y paciencia en lo que se le ofrecía. Ni del P. Logroño se oyó jamás que alguno se quejase, porque era mucha su apacibilidad, alegría y buen modo que á todos mostraba con su mucha caridad. Y muy particularmente el tiempo que fué ministro del Colegio de México, que fueron algunos años, acudiendo por una parte con mucha perfección á lo que le pertenecía y á la observancia religiosa (de que fué muy celoso), deseando y procurando que se atendiese mucho

á la edificación pública en todas las cosas, y por otra con mucha suavidad, sin que en el modo de mandar ó reprender exasperase ó diese ocasión de queja alguna de sus súbditos. Y así era muy amado y querido de todos, tanto de fuera como de dentro de casa, buscando y deseando unos y otros que se ofreciese ocasión de servirle en algo, teniéndose por muy pagados en acudir y servir á un santo, que así le llamaban, y en este concepto le tenían todos, y esto se vió en su enfermedad, pretendiendo y deseando mucho acudirle y besarle antes y después de muerto.

Este fué el camino por donde llevó Dios Nuestro Señor á este su siervo, adornándolo con virtudes tan heroicas y perfectas para darle en el cielo muy colmado el fruto y premio de ellas. Y para dársele, le envió una calentura que al principio comenzó lentamente, y él se animaba á levantarse, y aun con ella se fué á decir Misa; pero en la última que dijo se desmayó y apenas la pudo acabar, y fué menester hacerle estar en la cama por obediencia, con que él con el brío natural que tenía y fervor de espíritu con que siempre se alentaba, no quería hacer cama; pero fué siempre creciendo la calentura sin haber algún alivio, y así le dieron el viático y la Extremaunción que recibió con mucha devoción, estando muy en sí, y habiendo hecho no mucho antes que cayese, una confesión general con muchas lágrimas y sentimiento. En los postreros días de la enfermedad padeció mucho, porque la fuerza y ansias eran grandes, y parece que Nuestro Señor le quiso dar en esta vida el purgatorio, y antes que del todo perdiese la habla, decía algunas palabras muy tiernas y de sentimiento á Nuestro Señor. Algunas veces se le oía decir: «Ea, Señor, vamos luego, vamos presto;» otras decía: «Ea, Hermanos, no me detengan;» «ea, vamos;» otras: «¿quién cuidará de los pobres?» y así otras breves palabras en que mostraba que en medio de los dolores que padecía, estaba todo puesto en Dios. Al fin, al décimo día de la enfermedad, día del glorioso San Lucas, á las cinco de la tarde, se lo llevó Nuestro Señor á descansar á su gloria. En los de casa se siguió una devoción y sentimiento muy tierno, animándose á imitar al que á boca llena llamaban santo, contando y refiriendo cada uno lo que de edificación en él había notado. Apenas se supo su enfermedad entre los muchos que de fuera de casa le conocían, de que muchos de ellos y gente muy menuda se quejaba, y de que no se les avisase para asistir á su entierro; pero como el Padre fué tan humilde, pensaban que alcanzó de Nuestro Señor que no se supiese, para que ni en la muerte ni en la vida le conociesen. Hízose el entierro el día siguiente, y al tiempo de llevar el cuerpo á la sepultura, dos de los señores de la Real Audiencia que asistieron al oficio, ayudaron á llevar las andas: el año de 1612 murió y de edad de ochenta y uno. Los treinta y ocho de Compañía tan bien gastados como queda dicho, aunque si él no hubiera encubierto su santidad, tuviéramos mucho más que decir de ella.